

EL MUNDO PINTORESCO.

ILUSTRACION ESPAÑOLA.

ESTE PERIÓDICO REGALA Á SUS SUSCRITORES DE AÑO EL IMPORTE DE LA SUSCRICION EN MAGNÍFICAS LÁMINAS Y RETRATOS.

PRECIO DE SUSCRICION.

EN MADRID..... Un mes, 8 rs.—Tres meses, 20.—Seis meses, 40.—Un año 80.
EN PROVINCIAS..... Un mes (franco de porte) 10 rs.—Tres meses, 24.—Seis meses, 48.—Un año, 96.
EN EL ESTRANJERO: Un año 120.—EN ULTRAMAR: Un año, 160.

AÑO 3.º

N.º 31.—29 Julio 1860.

Este periódico sale todos los domingos.

Se suscribe en Madrid en el establecimiento Lito-tipográfico de D. Juan José Martínez, calle del Arco de Santa María, n. 7.—En provincias en las principales librerías; y enviando directamente á la administracion libranza de fácil cobro ó sellos del franqueo. Un número suelto, 3 rs. vn.



Taller de salazon y teñido de maderas.

SUMARIO.

Últimos cantos, poesías de don Juan Güell y Renté, por don Juan Miguel de Losada (artículo segundo).—Pascual Bruno, por A. Dumas (continuación).—Una historia azul, por F.—Antonio y Cleopatra.—Placeres oficiales (poesía), por don José González de Tejada.—Está loca!! (2.ª parte), por don Ramon Real de Mendoza.—Las hadas y sus hechizos, cuentos alemanes, por Hans Christian Andersen (cuento primero).—Salazon y teñido de maderas.

LÁMINAS. Taller de salazon y teñido de maderas.—Antonio y Cleopatra.—Vista exterior del palacio de exposiciones en París.—La Poesía.

ÚLTIMOS CANTOS.

POESÍAS DE DON JUAN GÜELL Y RENTÉ.

Un tomo en 4.º Edición de lujo. Madrid 1859.

ARTÍCULO SEGUNDO.

A la corona de los Argensolas aspiran los hermanos Güell y Renté, don Juan y don José, que, por diferente senda que algunos de los poetas de quienes queda hecha mencion, han pretendido, y conseguirán, sin duda, escribir sus nombres en el libro de oro de la inmortalidad. D. Juan Güell y Renté, conocedor de los clásicos latinos, que sabe de memoria, admirador de los italianos, cuyos versos recita con delicia, y dotado de una sensibilidad exquisita, no ha podido menos que amar y desear la gloria. Ha sentido, y ha cantado en sonoros y rotundos versos, ya las tristezas de su espíritu, ya la magnificencia de las artes, ya las poderosas impresiones que ha despertado en su alma el panorama de esa tierra de Cuba, tan querida de nuestro entusiasta poeta. Con justicia dice el señor Moreno y Godino en el prólogo del libro que analizamos, «que la verdadera, la única fuente de la poesía es el corazón, el sentimiento noblemente expresado; porque la poesía no consiste, precisamente, en la elegancia de un adjetivo ó en la belleza del hipérbaton, sino en poetizar las ideas, hiriendo las mas delicadas fibras del alma, suscitando tiernos ó sublimes pensamientos, especialmente á la vista de las maravillas de la

creacion.» Es así la verdad. ¿Quién, como don Juan Güell y Renté, poseyendo un corazón levantado, entusiasta por todo lo que es noble, grande y magnífico; quién, poseyendo tal corazón, no celebra en cadenciosos himnos las maravillas de aquella hermosa Cuba, en donde parece que la mano de Dios ha derramado la mas fecunda copia de sus dones? Preciso era que el cristiano cantor de *El Crucifijo* «soñando con las bellezas de la Iliada, y con la elegancia y ternura de la Eneida, aspirara á coronarse con los lauros de esa inmarcescible gloria que hizo arder en su cabeza la inspiracion sagrada.»

Cuando Güell celebra á Cuba,

«Como el condoro se remonta y canta;

Y, subiendo, levántase á la altura
Que solo pisa del Señor la huella,
Y escribe en la celeste coladura
El dulce nombre de su «Virgen bella:»
Y robándole al sol la aureola pura
Que entre las nubes férvida destella,
Orla su frente, y descendiendo al suelo
Su voz es Dios, su inspiracion del cielo.»

Esto es magnífico. Él, que

«Solo á la hermosa que le dió su encanto
Tan solo dió su lastimero canto,

él lo quiere todo para su patria, para la perla que se levanta sobre el zafiro del mar que la circunda; del mar que rugiente y sonoro se estrella á sus plantas, la alfombra con sus fosforescentes espumas, y ciñe á la poderosa Antilla con vívida orla de luz, á la manera de aquel «límpido río, de que nos habla Dante, y del cual saltan chispas á las flores que tapizan las márgenes, y muy luego, cual si las embriagase el perfume, se sumergen otra vez en el abismo, mientras que nuevas chispas saltan á reemplazarlas (1).» ¡Con cuán-

(1)

«E vidi lume in forma di riviera
Fulvido di fulgori, intra duo rive,
Dipinte di mirabil primavera.
Di tal fumana uscian faville vive,
E d'ogni parte si mettean ne' fiori,
Quasi rubin, che oro circoscrive.
Poi, come inebriate dagli odori,
Ripfondavan se nel miro gurge,
E s'una entrava, un'altra n'uscía fuori.»

ta galanura, con cuánta magestad suenan los versos de la siguiente prosopopeya, en que el poeta dice á su patria:

«A ti la encarnacion de mis cantares;
A ti la flor de mi esperanza bella,
Que al vagar en tus bosques de palmares
Apareciste luminosa estrella;
Que, perdido del mundo en los azares
Faro de luz que vívido destella,
Guiaste mi existencia combatida
Por los revueltos mares de la vida.

¡Lástima que tenga esta pieza alguno que otro descuido! Güell no lima sus composiciones; bien se deja ver en la octava primera de la pág. 28, en que hablando de la magnificencia del divino monarca que resplandecía en el áureo alcázar que vió en sus ensueños, dice:

«Y soñé que el monarca poderoso
Que habitaba el magnífico palacio,
Era sublime, divinal, hermoso...»

¡Hermoso! despues de sublime, y además, *divino*? Güell tiene una facilidad admirable para componer; pero, repetimos, no lima sus poesías; de esto hay pruebas en el libro que vamos leyendo; así es que el soneto á la *Primavera* termina de este modo:

«Los mares cuajas de brillantes peces,
Y sorbiendo las perlas que tú sudas,
Con espigas los campos enriqueces.»

Villemain se queja, con razon, de ese defecto que afea las obras contemporáneas «y es el ser improvisadas,» pues saliendo las producciones literarias del cerebro para la prensa, los autores se creen dispensados «de dar complemento á las cosas y perfeccion al estilo,» pues nadie puede pretender estas cualidades de trabajos apenas corregidos en pruebas y que, por tanto, excluyen la meditacion y la idea de proporcion.» Güell, hombre meridional, haciendo *sudar* perlas á la primavera, ha hecho lo que Euwari, poeta persa que pasa por el mayor entre los místicos del Oriente, Adhad y Feissi, cuyos versos, de vivísima frescura, desvirtúan el placer que causan por el pueril rebusco de comparaciones excesivamente ingeniosas. Otros, entre los que se cuenta Hafiz, cuya filosofía práctica, al decir de su traductor y comentador, es comparable á la de Horacio, en medio de los mas elevados vuelos de la poesía lírica oriental, presentan lunares que acreditan resabios de muy mal género (1).

«Los mares cuajas de brillantes peces...»

El poeta se refiere aquí á las emigraciones de ciertos animales marinos que van á las aguas tropicales en busca de las temperaturas que pueden hallar segun las necesidades de su respiracion cutánea.

El *Verano*, el *Otoño* y el *Invierno*, son tres sonetos en que el poeta pinta la impresion que hace en su alma la diversidad de las estaciones. Quejándose del «gemelo de la nieve que alza su frente coronada de hielo,» se ostenta como siempre, apasionado por el sol de Cuba, perenne manantial de fuego

«Magestuoso y vivífico, abrasando
Cuanto viviente el universo puebla.»

Este hipérbole está en consonancia con la ardiente imaginacion que la produjo.

Como la oda, en su origen, fué compuesta para ser acompañada con la lira, lo mismo que todas las poesías, de ahí la imprescindible necesidad de que sea magnífica en su entonacion, porque como el músico ha de inspirarse con las ideas del poeta, y hasta con las palabras que expresen esa idea, para que los efectos de la melodía sobre el ánimo correspondan al elevado fin de estas dos artes hermanas, música y poesía: es preciso que la oda contribuya á enagenar tanto al que la canta como al que la escucha. Para esto se necesita que los pensamientos sean no solo grandes, sublimes, sino espresados con férvido atrevimiento, y como en la oda *re-tiene la poesía su firmeza primitiva*, hoy, que los poetas no

(1) Uno de esos poetas, dados á lucir pensamientos raros, dice: «que la noche llega cuando se derrama el tintero del cielo. Otro dice: «que el calor abochorna al disco de la luna,» y llama *sudor de la luna* al rocío que se cuaja en la corola de las flores.—Alej. de Humboldt.—Cosm.—tom. II, pág. 49, nota 4.ª.—Cantú, en el tom. 6.º de su Hist. univ., pág. 729, nota 2.ª, dice «que un buen poeta comenzó una oda á la luna, diciendo que resplandecía sobre el campanario como un punto sobre la i.

cantan sus versos, indispensable se hace que un género en que tanto han sobresalido los mas grandes, abunde en imágenes brillantes; es preciso que la oda se componga de voces sonoras para que la eufonia de las palabras corresponda á lo metódico del númen. A nuestro juicio, la oda siempre debe tener entonación épica; la queremos noble y sublime. Por eso nos desagradan las de Anacreonte, á la par que nos encantan las de Píndaro entre los latinos, y las de don Manuel José Quintana, entre los españoles. Si hoy, como en los tiempos helénicos, se cantara la oda, bueno que la melodía, asimilándose al sentimiento del poeta, imitándole, espresara su idea, embelleciéndola con el encanto del sonido armónico; pero aquí, desde luego se comprende que el poeta habia de quedar sometido al músico, toda vez que la melodía, encantando el oído, subordinaría el corazón: así vemos muy á menudo en la zarzuela, que pasan como bellos detestables versos, y hasta se recitan algunos con entusiasmo y se popularizan como si tuvieran mérito literario; pero la verdad es que si tal sucede, la razón está en que en esos casos, el poeta desaparece, confundido por el músico. La oda, en fin, para merecer tal nombre, es necesario que tenga todas las cualidades de que dejamos hecho mérito. Puede ser *sagrada*, ó *heroica*, ó *filosófico-moral*, ó *erótica y festiva*. ¿A cuál de estas denominaciones pertenece la que á las *Artes* ha compuesto el señor Güell? A la tercera, porque el poeta, cantando como canta, *estimula* á los cubanos á que conquisten la corona de los Pericles y los Fidias. Pruebas:

«Artistas que me oís, claros talentos
Que embelleceis de Cuba los palmares,
En vuestro pecho anhelan mis alientos
Nido seguro hallar, no mis cantares.»

Y si con esta metáfora espresa el señor Güell que no desea ser atendido por el mérito de su producción, sino por el *aliento* que la inspira, ese aliento no puede ser otro que el fuego del amor á las artes de que se siente poseído y animado, fuego y amor en que pretende abrasar á sus compatriotas. Si esto es así, no perteneciendo su oda á las heroicas, no la califica con propiedad diciendo:

«Cuando el arpa robusta
Del Píndaro español, sin par Gallego,
Con fácil vena y abundante riego,
Lanzó, velado en magestad augusta,
Su cántico sonoro
Y al arte requiebró con plectro de oro,

¿Cómo podrá jamás el plectro mío,
Desalentado y ciego,
Pulsar la lira que pulsó Gallego?»

Al género, pues, filosófico-moral, que no al pindárico, que es heroico, pertenece esta pieza, en la que hay trozos muy bellos. Sirva de ejemplo aquel en que despues de pintar la creación del templo de Juno, debido á Doro, recuerda que, emulándole el Jonio, se burla del órden dórico y

«Por vencer su beldad otro órden crea.
Observa la hermosura de los astros,
La flor que sobre el tallo se arrebola,
De la muger la creación galana,
Que afrenta en hermosura á la amapola
Nacida en el albor de la mañana,
Y esculpiendo los blancos alabastros
Fabrica un templo y lo consagra á Diana.

Los griegos tenían tal predilección por el *acanto*, que tallaban en sus muebles mas preciosos las hojas de esta planta. El vestido de Helena, pintado por Virgilio, está bordado en relieve con dichas hojas (1).

Cuenta la poesía antigua que el arquitecto Calímaco, al pasar por delante de la tumba de una virgen, muerta pocos dias antes de desposarse, quiso consagrarle unas flores, ¡pero cuál no fué su sorpresa cuando encontró el modelo de uno de los mas delicados primores futuros del arte! La nodriza de la que yacía en la tumba, habia tomado el velo y flores de la corona nupcial, y, colocándolo en una cestilla, la puso á inmediaciones del sepulcro, sobre una planta de acanto, cubriendo flores, velo y cestilla con una teja. Animó la primavera los prados, y á su dulce calor y al beso de sus húmedas auras, creció la planta, con ella las hojas que, buscando la luz, abrazaron la cesta; pero no pudiendo vencer la resistencia de la teja, se detuvieron en las orillas, y encorvándose y cerrándose por sus estremidades, formaron el capitel de la columna corintia, que Calímaco, admirado, copió de la naturaleza, y dió al mundo con su cincel uno de los mas esquisitos ornamentos del arte. Veamos cómo el señor Güell, con su natural maestría, nos recuerda este suceso:

Al ver tanto portento
El mundo conmovido suspiraba,
Cuando el grande Calímaco en Corinto
Gloria á las Artes y á los siglos daba.
En un sepulcro, do una madre habia
Puesto una cesta sobre verde acanto,
Que amorosa crecia
Al blando riego de materno llanto,
Miró que bellas sus graciosas hojas
Brindaban magestad y simetría,
Y copiando el adorno del arbusto,
Funda una escuela y perfecciona el gusto.

Decir que la planta crecía al riego del llanto, y que crecía amorosamente, es digno del señor Güell, que sabe pintar, porque sabe sentir: el gerundio que dejamos subrayado es altamente espresivo. El señor Güell es un pensador cristiano: todas las grandezas humanas las refiere á Dios: hé aquí como al bosquejar la historia del arte corintio, presentándonos el fenómeno de las hojas de acanto en torno de la

cesta, no dice «Calímaco *inventó*,» sino *copió*. Con lo cual nos presenta dos cosas: 1.^a, en la belleza del fenómeno la magnificencia de Dios; y 2.^a, en el que le trasladó á sus monumentos, la pequeñez del hombre, que nada inventa, que siempre copia de la naturaleza, constantemente productora y constantemente animada por ese místico soplo, que en cuanto existe patentiza la grandeza y sabiduría del Artífice divino.

Esta pieza peca por lujo de erudición: tanto nombre propio, tanto tecnicismo artístico, fatigando la memoria, privan al lector de saborear el grato deleite, que siempre quiere hallar el alma en la poesía. Abunda en versos magníficos. Ejemplos:

Indócil á la voz y al duro freno.
Pulso sus cuerdas y á las artes canto.
Y cantando en su cuna los amores.
Levanta osada su adormida frente...
Temblaron á su mágica palabra.
La Persia, el Asia y la opulenta Roma...
Firme en su eterna magestad reposa.
Sin que dejasen de su pompa un rastro.
La cuna esculpe en que nació Pandora.
Le dá el matiz de sus brillantes flores...
De coronas de perlas y zafiros...

En la poesía titulada *Navegando*, y que es un adios á Cuba, encontramos estrofas como las que siguen:

«Perla hermosa del mar de Occidente,
Que, de eterna verdura vestida,
Eres fuente de amor y de vida
Para el hombre que libre nació:
Oye el himno sonoro y sublime
Que en las alas y aromas del viento
Te dirige el patriótico acento
De un proscripto que el sér te debió.»
¡Madre! ¡hermanos! ¡amigos queridos!
¡Prendas dulces del alma inocente!
Recibid el quejido doliente
Que me arranca la dura opresión.
Adios, pues, que la mar en su seno
Ya me brinda seguro retiro,
Donde fiel y constante respiro
La demencia de Bruto y Catón.

¿Esa demencia es la libertad? Por Dios, que si la libertad es como se practica hoy, ó como se practicaba en tiempos de Bruto y Catón, el sarcasmo del poeta, lejos de serlo contra la tiranía de uno solo, es contra la tiranía de la multitud. Para que se vea cuánto puede el mal ejemplo, y para que se conozca con cuánta justicia censuramos á Heredia en nuestro anterior artículo, por no haber sabido dirigir bien á la juventud estudiosa de Cuba, plácenos consignar aquí, que el señor Güell en esos versos no ha hecho mas que imitar, mejor dicho, que copiar á Heredia, quien hablando de la libertad dice que, aunque le llamen loco, él quiere serlo,

«Por seguir la sublime locura
De Washington, de Bruto y Catón.»

Sin que pretendamos hacer la apología del gobierno de Cuba, que adolece de los grandes vicios del poder militar cuando es omnimodo, diremos, como de paso, que la libertad de Bruto y Catón no es la libertad á que aspira el señor Güell; en prueba de ello, oigámosle:

«¡Dios de Dios! ¡qué sublime recuerdo!
Desde niño adoré en mis hermanos,
Y la Biblia sagrada en mis manos
A ser libre y feliz me enseñó.»

También le enseñó á ser buen hijo, hermano y amigo, mientras que nada aprendieron de esa Biblia Catón y Bruto, ni aun el protestante Washington. No, no es la libertad de los que sacrificaban millares de víctimas al bárbaro placer del pueblo que pedía *pan y circenses*, la libertad á que puede aspirar un hombre del talento y de las altas virtudes de don Juan Güell. Es, sí, aquella libertad de que nos habla San Pablo, cuando dice: «los muros de separación han caído; desde Jerusalem hasta los confines de España, la tierra está habitada por una sola familia de hermanos; el cristianismo no hace distinción ni de judíos, ni de griegos, ni de bárbaros, ni de gentiles.» Al cosmopolitismo, que es el amor de la especie humana en su mas grande escala, es á esa dulce libertad á la que aspirar debe quien, como el autor del libro que juzgamos, sabe cuántos siglos hace que el mundo está pagando tributo de torrentes de sangre al imperio de las palabras, y que solo en ese libro, que desde niño le enseñó á ser libre y feliz, pueden encontrarse los manantiales de doctrina que hacen al hombre tan perfecto, como su Padre celestial, que es perfecto.

Y si no, ¿cómo pudiera el poeta gozarse en el espectáculo que presenta Roma católica? Él lo espresa cantando á la ciudad eterna:

«En los arcos triunfales en que ondea
Lleno de glorias el pendón romano,
Mi osado pensamiento se pasea
Viendo lucir el pabellón cristiano.»

Pues ese pabellón dá sombra á un pueblo de mártires; simboliza el triunfo de la fé, la esperanza y la caridad sobre el odio y la venganza y los millares de crímenes de

«Domiciano y Neron y Caracala,
Cálígula y Aurelio, emperadores
Que, si vencieron á la gente gala,
En sangre se bañaron...»

El poeta y el cisne es un trozo de dulce poesía. El asunto es tan sencillo como tierno. Un poeta

«Cabe la orilla de un tranquilo lago
Bordado de olorosas azucenas,»

templó su lira buscando la soledad, amiga de los desgraciados, y cuando lanzó al viento el primero de sus preludios llorando á su muerta beldad,

«Destemplaba las cuerdas con su llanto.»

Entonces, hasta

Las flores que sintieron su amargura,
Doblaron al instante sus corolas;»

pero el cisne, que flotaba entre las aguas, indiferente,

«Sin variar de postura
Jugaba con la espuma de las olas.»
Cantó el poeta su infeliz estrella;
Cantó su vida de dolor y enojos;
Cantó la luz de su esperanza bella
Muerta en la luz de sus nublados ojos.
El viento que escuchaba su amargura,
Gimió en el cáliz de las lindas flores,
Y el cisne, sin variar de su postura,
Jugaba con los peces saltadores.

Mas luego cuando

«Cesó el poeta en su cantar doliente
Y las flores y el viento respiraron,
Paró el cisne su juego en la corriente
Y las flores y el viento lo miraron.

Dirigiéndose al poeta exclamó:

«¿Para solo cantar tu desventura
Los bordes de este lago preferiste?

A tan terrible sarcasmo, que pinta la indiferencia con que ven las penas de los desgraciados aquellos que no comprenden el dolor de los que padecen, el poeta, en uno de esos raptos en que el exceso del pesar subleva al espíritu contra la paciencia, hizo pedazos el instrumento con que cantaba, arrojólo á las ondas

«Y maldijo á la flor y al manso viento
Y al cisne que jugaba en las espumas.»

El estilo es el hombre, se ha dicho, y esta proposición falsa muchas veces, desde que el arte del disimulo ha llegado á tal perfección que ya no es el rostro espejo del alma, esta proposición relativamente al señor Güell es exacta. De él no pudiera decirse lo que Ciceron de Lucrecio, que tenía mas arte que ingenio (1). Prescindiendo á menudo de la forma, del color y de la variedad, su poesía vá casi siempre unida á las ideas mas abstractas, sabe animarla con la filosofía, con la ciencia y con la historia. Es que Güell, natural en todo, se asemeja en la bondad de su alma á los poetas de los primeros tiempos cuando, confundidas todas las facultades humanas, se inclinaba el hombre, por misteriosa predisposición especial, á esa unidad de miras que solo conservó despues el pueblo escogido.

Oigámoslo en su dulcísima composición titulada *El Crucifijo*:

Ya miro abrirse las celestes puertas;
La dulce religion me abre sus brazos,
Y libre el alma de mundanos lazos
Ansia volar á Él.
Acércate, María:
He visto de los ángeles el coro
Templar sus arpas de bordones de oro
En estraña region.
Escuchando su plácida armonía,
Poco á poco sentí que me elevaba,
Y el duro lecho del dolor dejaba
Sin pena ni aflicción.
De púrpura y de grana
Las montañas del cielo se pintaron,
Y bálsamos y aromas destilaron
De esperanza y amor.
El nácar de la tarde americana
No es tan bello ni hermoso, cual la lumbre.
Que doraba la fúlgida techumbre
De mi Juez y Señor.
El ángel de mi vida
Con sus alas tocó mis turbios ojos,
Y en rico trono de carbunclos rojos
Al Dios del mundo vi.
A su planta brillaba la encendida
Hoguera de los rayos celestiales,
Salpicando sus chispas inmortales
La bóveda turquí.
¡Qué mágica morada!
Del iris los magníficos colores
Bañaban con sus rayos tembladores
Toda la inmensidad...
De nítidas estrellas coronada
Bajo un ancho dosel de terciopelo,
Rutilaba en el pórtico del cielo
La luz de la verdad!

¡Qué suave melancolía! ¡qué modo de imprimir á los versos ese blando sentimentalismo de una religion divina, cuyo poder obra secretamente en el hombre y, como el de la contemplación de la naturaleza, le dá una nueva vida; «penetra hasta lo mas profundo de su sér y se asocia á sus nativas predisposiciones y al libre desarrollo de sus facultades intelectuales y morales!» Esa Biblia, «que desde niño tuvo en sus manos,» es la fuente donde Güell abreva sus melancólicas inspiraciones. La poesía *El Crucifijo* está escrita con naturalidad; la descripción del cielo es, relativamente considerada, como la de aquel salmo que nos presen-

(1) El también dice:

«De Alcimedon conservo todavía
Un precioso trabajo. Cada vaso
En el asa presenta al que lo mira
El follaje imitado del acanto.

(1) Non multis luminibus ingenii, multæ tamen artis.

ta al «Señor, revestido de luz, estendiendo el firmamento á manera de alfombra y cimentando la tierra sobre su propia solidez, de suerte que no vacile en toda la duracion de los siglos.» Así es que «las aguas corren á los valles desde lo alto de las montañas hasta los lugares que les han sido designados, á fin de que, sin traspasar nunca los límites prescritos, apaguen la sed de los animales de los campos. Las aves del cielo cantan bajo el frondoso ramaje. Los árboles del Eterno, los cedros que él ha plantado, se levantan llenos de savia, en ellos forman los pájaros sus nidos, y el azor labra su habitacion sobre los altos pinabates.» Hablando de la cruz dice:

«Su rayo hermoso y claro
Rasgó las nubes del error impuro,
Y lleva al hombre al inmortal seguro
De la Eterna Verdad.
El consuela á la Virgen sin amparo,
Al jóven, al anciano, al tierno infante,
Al rico, al afligido, al mendigante,
¡Toda la humanidad!

¡Toda la humanidad!!! ¡qué modo de inspirar consuelos al infeliz que padece! ¡qué modo de derramar en los corazones desgraciados el bálsamo divino de la paciencia! Job, en medio de sus miserias, mayores que las que pueda pasar ningun hombre, exclamaba tranquilamente: «El Señor camina sobre las crestas del mar, sobre las olas que la tempestad encrespa. La aurora abarca los contornos de la tierra y dá diversas formas á las nubes, como la mano del alfarero al dócil barro.» ¿Y el Autor de tantas maravillas no podrá curar en el corazon del que sufre, la úlcera del dolor? ¡Oh! sí, porque, como el poeta cubano espresa, «el que se abraza al leño sagrado y besa los pies de Jesucristo,

En dulce calma
Dá á su cuerpo salud, reposo al alma
Y á sus pupilas luz!»

Pero todo esto es preciso que el poeta lo repita á una sociedad hidrópica de goces; á una sociedad que muere de hartura de placeres. Si, es preciso que lo repita, porque no todos comprenden, empeñados en cegar, los misterios del cristianismo, y además,

«Porque nadie es adivino
Debajo de las estrellas.»

Solo la religion, cuando la inteligencia se somete á la fé, es capaz de inspirar esa apacible calma que dá el espíritu vivificador de la esperanza.

JUAN MIGUEL DE LOSADA.

PASCUAL BRUNO.

Por A. Dumas.

(Continuacion.)

VI.

Algun tiempo despues de la escena que acabamos de referir, Bruno supo que un convoy de dinero, escoltado por cuatro gendarmes y un sargento, iba á salir de Mesina para Palermo. Era el rescate del príncipe de Moncada-Paterno, el cual por una combinacion financiera, que honraba la imaginacion de Fernando IV, venia á redondear el presupuesto napolitano, en lugar de ir á engrosar el tesoro de la Casamba, como era su destino primitivo.—Hé aquí, por lo demás, la historia de esa combinacion, tal como me la ha sido contada: siendo tan curiosa como auténtica, creemos que merece la pena de ser referida; por otra parte, dará una idea del inocente modo con que se percibian los impuestos en Sicilia.

Hemos dicho en la primera parte de esta historia, cómo el príncipe de Moncada-Paterno habia sido cogido por unos corsarios berberiscos cerca de la aldea de Fugello, volviendo de la isla de Pantelería; fué conducido con toda su comitiva á Argel, y allí el precio de su rescate y del de su gente fué apreciado amigablemente en la suma de quinientos mil pesos; la mitad pagadera antes de su partida, y la otra mitad despues de su regreso.

El príncipe escribió á su intendente para darle parte de la posicion en que se encontraba, y que le enviara lo antes posible los doscientos cincuenta mil pesos, que eran el precio de su libertad. Como el príncipe de Moncada-Paterno era uno de los señores mas ricos de la Sicilia, la suma se completó y fué pronto enviada á Africa: fiel entonces á su promesa como verdadero sectario del profeta, el dey dió libertad al príncipe, bajo palabra de honor de remitir antes de un año los doscientos cincuenta mil pesos restantes. El príncipe volvió á Sicilia, donde se ocupaba en recoger la cantidad necesaria para el segundo pago, cuando una orden de Fernando IV, fundada en el estado de guerra con la regencia y en la inconveniencia de que sus súbditos enriqueciesen á los enemigos, vino á disponer que el príncipe entregase los doscientos cincuenta mil pesos al tesoro de Mesina. El príncipe de Paterno, que era hombre de honor al mismo tiempo que súbdito fiel, obedeció la orden de su soberano y la voz de su conciencia; de suerte que el rescate le costó setecientos cincuenta mil pesos, cuyas dos terceras partes correspondieron al corsario infiel, y la restante fué entregada en Mesina al príncipe de Carini, mandatario del rey. Esta suma era la que el virey enviaba á Palermo, residencia del gobierno, con la escolta de cuatro gendarmes

y un sargento. Este último estaba encargado además de entregar de parte del príncipe una carta á su adorada Gemma, á quien invitaba á ir á Mesina, donde los asuntos del gobierno debian detenerle aun algunos meses.

La noche en que el convoy debia pasar cerca de Bauso, Bruno soltó sus cuatro perros corsos, cruzó con ellos la aldea de que se habia hecho señor, y se puso en emboscada en el camino entre Divieto y Spadafora; hacia como cosa de una hora que se encontraba allí, cuando oyó el ruido de un furgon y el paso de los ginetes. Miró si su carabina estaba corriente; se aseguró de si el puñal salia con facilidad de la vaina; silbó á sus perros que se tendieron á sus pies, y aguardó de pie en medio de la carretera. Algunos minutos despues, el convoy apareció en el recodo del camino y avanzó hasta unos cincuenta pasos del que lo aguardaba. Entonces fué cuando los gendarmes vieron á un hombre y gritaron: ¿Quién vive?—Pascual Bruno; respondió el bandido, y á un silbido particular los perros, ejercitados ya en esta maniobra, se arrojaron sobre la escolta.

Al oír el nombre de Pascual Bruno, los cuatro gendarmes habian escapado; los perros por un movimiento natural persiguieron á los fugitivos. El sargento, viéndose solo, sacó el sable y cargó al bandido.

Pascual se echó la carabina á la cara con la misma sangre fria y lentitud que si se tratase de tirar al blanco, decidido á disparar tan solo al estar el ginete á diez pasos, cuando en el momento de ir á soltar el gatillo, el caballo y el hombre rodaron sobre el polvo. Allí habia seguido á Bruno sin decirle nada, y viéndole atacado por el sargento, se habia arastrado como una serpiente sobre el camino, y con su yatagan habia desjarretado al caballo: en cuanto al sargento, por lo inesperado y brusco de su caída, habia dado con la cabeza en tierra y estaba desmayado.

Bruno se acercó despues de haberse asegurado de que nada podia temer; lo trasladó ayudado por allí al carruaje donde iba el dinero, y poniendo la brida de los caballos en manos del jóven árabe, le mandó conducir carruaje y sargento á la fortaleza. En cuanto á él, se dirigió al caballo herido, desató la carabina de la silla, registró las pistolas, tomó un rollo de papel que habia en ellas, llamó á sus perros que volvieron con la boca ensangrentada, y siguió la presa que acababa de hacer.

Cuando llegó al patio de la pequeña fortaleza, cerró la puerta por dentro, tomó al sargento en sus brazos, lo llevó á un aposento y lo echó en un colchon donde tenia la costumbre de recostarse él mismo sin desnudarse. Despues, sea por olvido, sea por imprudencia, puso en un rincón la carabina que habia desatado de la silla, y salió del cuarto.

Cinco minutos despues el sargento abrió los ojos, miró en torno suyo, se encontró en un lugar desconocido para él, y creyendo soñar, se tentó el cuerpo para ver si estaba despierto. Entonces fué cuando, sintiendo dolor en la frente, puso la mano en ella y retirándola llena de sangre, notó que estaba herido. Esta herida fué un punto de recuerdo para su memoria; entonces se acordó de que habia sido detenido por un solo hombre, de que sus gendarmes le habian abandonado cobardemente, y de que en el momento de arrojarle sobre aquel hombre, su caballo habia caído. De lo que pasó despues nada sabia.

Aquel sargento era todo un valiente. Conocia la responsabilidad que pesaba sobre él, y su corazon se comprimía de ira y de vergüenza; miró alrededor del cuarto tratando de reconocerlo; pero todo era desconocido para él. Se levantó, fué á la ventana y vió que daba al campo. Entonces tuvo una esperanza; le ocurrió saltar por aquella ventana, ir á pedir auxilio y volver por el desquite; ya iba á poner en planta este proyecto, cuando advirtió la carabina inmediata á la cabecera de su cama; al verla, el corazon le latió con fuerza, porque se apoderó de su ánimo otra idea muy distinta de la fuga; miró si estaba solo y despues de haberse asegurado de que no era ni podia ser visto de nadie, tomó con viveza el arma en la cual veia un medio de salvacion mas aventurado, pero de venganza mas pronta; miró si estaba cebada, levantando la cazoleta, y si estaba cargada, introduciendo la baqueta en el cañon. Despues de ver que todo estaba corriente, la volvió á dejar en su sitio y se acostó como si todavía no hubiese recobrado el sentido. Apenas acababa de echarse cuando Bruno entró.

Llevaba en la mano una rama de pino encendida, con la cual comunicó fuego á la leña dispuesta para encenderse; despues fué á un armario practicado en la pared, sacó dos platos, dos vasos, dos frascos de vino, un trozo de carnero asado, lo puso todo en la mesa y pareció esperar que el sargento volviera en sí para convidarle á la improvisada comida.

Hemos visto el aposento en que ha pasado la escena que referimos; era un cuarto mas largo que ancho, con una sola ventana en un rincón, una sola puerta al otro y la chimenea entre ambas. El sargento, que ahora es capitán de gendarmes en Mesina, y que nos ha referido él mismo estos pormenores, estaba echado como hemos dicho, paralelamente á la ventana; Bruno se hallaba de pie delante de la chimenea, con la vista vagamente clavada en la puerta, y al parecer absorto en una profunda meditacion.

Era el momento esperado por el sargento; momento decisivo en que se trataba de jugar el todo por el todo, vida por vida, cabeza por cabeza. Se levantó un poco, apoyándose en su mano izquierda, estendió lentamente la otra y sin perder de vista á Bruno, hacia la carabina, la tomó por la garganta, permaneció un instante así sin atreverse á hacer otro movimiento, asustado por los latidos de su propio corazon, que el bandido hubiera podido oír á no estar tan distraído; por último, viendo que esto, por decirlo así, se entregaba él mismo, recobró confianza, se levantó sobre una rodilla, miró á la ventana, que era su retirada única, apoyó el arma en el hombro, apuntó á Bruno como hombre que sabe que su vida depende de su sangre fria, y soltó el tiro.

Bruno se bajó tranquilamente, recogió una cosa á sus

pies, la miró á la luz y volviéndose hacia el sargento, mudo y estupefacto, le dijo:

—Camarada, cuando querais disparar contra mí, tomad balas de plata; porque sino, se aplastarán como esta. Por lo demás, me alegro mucho que hayais recobrado el sentido; empezaba ya á tener hambre y vamos á cenar.

El sargento se habia quedado en la misma postura, con el pelo erizado y la frente bañada de sudor. En el mismo momento la puerta se abrió y allí entró en el cuarto con el yatagan en la mano.

—No es nada, hijo mio, no es nada; le dijo Bruno en lengua franca; el sargento ha descargado su carabina y nada mas. Marcha á acostarte sin cuidado, y no temas.

Alí salió sin responder y se tendió al través de la primera puerta sobre la piel de pantera que le servia de cama.

—¡Y bien! continuó Bruno volviéndose hacia el sargento y echando vino en los dos vasos, no me habeis oído?

—Sí por cierto, respondió el sargento levantándose; y ya que no he podido mataros, aunque seais el diablo beberé con vos.

Diciendo esto marchó con paso firme hacia la mesa, tomó el vaso, brindó con Bruno y vació el vino de un solo trago.

—¿Cómo os llamais? dijo Bruno.

—Pablo Tomasi, sargento de gendarmería, para servirlos.

—Pues bien, Pablo Tomasi, prosiguió Bruno poniéndole la mano en el hombro; sois un valiente y tengo ganas de haceros una promesa.

—¿Cuál?

—La de no dejar ganar á nadie mas que á vos los tres mil ducados ofrecidos por mi cabeza.

—Escelente idea, dijo el sargento.

—Sí, pero necesita madurarse, replicó Bruno; entretanto como no me he cansado aun de vivir... sentémonos y cenemos; mas tarde hablaremos del asunto.

—¿Puedo hacer la señal de la cruz antes de comer? preguntó Tomasi.

—Perfectamente, respondió Bruno.

—Es que temia que eso os incomodase. No se sabe algunas veces...

—De modo alguno.

El sargento hizo la señal de la cruz, se sentó á la mesa y comenzó á atacar el trozo de carnero como hombre de conciencia muy tranquila, y que sabe que en una circunstancia difícil ha hecho cuanto puede hacer un soldado valiente. Bruno le secundó noblemente, y por cierto que al ver aquellos dos hombres comiendo en la misma mesa, bebiendo en la misma botella, y tomando del mismo plato, nadie hubiera dicho que cada uno á su vez, en el espacio de una hora, acababan recíprocamente de hacer cuanto habian podido para matarse.

Hubo un instante de silencio, producido en parte por la ocupacion importante á que se entregaban los convidados, y en parte por lo preocupado de su imaginacion. Pablo Tomasi lo rompió el primero para espresar el doble pensamiento que vagaba en su cabeza.

—Camarada, dijo, se come bien aquí, convengo en ello; teneis buen vino, es verdad; haceis los honores de la mesa admirablemente; pero os confieso que todo esto me pareciera mejor si supiera cuándo he de salir de aquí.

—Mañana por la mañana, presumo.

—¿Luego no me deteneis prisionero?

—¡Prisionero! ¿Y qué diantres quereis que haga de vos? —No marcha esto mal, dijo el sargento. Pero no se reduce todo á esto; añadió con visible cortedad.

—¿Pues qué hay? dijo Bruno echándole de beber.

—Hay, hay, continuó el sargento mirando la luz al través del vaso... hay... es una cuestion bastante delicada.

—Hablad, ya escucho.

—¿No os incomodareis?

—Me parece que deberiais ya conocer mi genio.

—Es verdad; no os enfadais fácilmente, bien lo sé. Decia, pues, que hay ó que habia... que no estaba yo solo en el camino.

—Sí, sí; habia cuatro gendarmes.

—¡Oh! no hablo de ellos, hablo de un... de cierto furgon. Ya he soltado la palabra.

—Está en el patio; dijo Bruno mirando á su vez la luz por entre su vaso.

—Bien lo creo, respondió el sargento; pero ya comprendéis que no puedo marcharme sin mi furgon.

—Por eso os ireis con él.

—¿Intacto?

—¡Eh!... Poco será lo que falte en proporcion á la suma; no tomaré mas que lo estrictamente necesario.

—¿Y es mucha vuestra necesidad?

—Necesito tres mil onzas.

—Vamos; eso es razonable, dijo el sargento; y muchos habria que no serian tan delicados.

—Por otra parte, no tengais cuidado; os daré un recibo.

—A propósito de recibo, exclamó el sargento levantándose; yo llevaba unos papeles en las pistolas.

—Sosegaos, dijo Bruno, aquí están.

—¡Ah! me haceis un gran favor en devolvérmelos.

—Sí, dijo Bruno, lo comprendo; porque he visto su importancia: el primero es vuestro despacho de sargento, y he puesto en él una nota certificando que os habeis portado bastante bien para merecer un grado; el segundo es mi requisitoria; me he tomado la libertad de hacer en ella algunas pequeñas rectificaciones; por ejemplo, á las señas particulares he añadido *incantato*; por último, el tercero es una carta de S. E. el virey á la condesa de Castelnuovo, y tengo demasiado agradecimiento á esa señora porque me presta su castillo, para poner obstáculos á su correspondencia amorosa. Hé aquí, pues, vuestros papeles, mi valiente; vaya un trago á vuestra salud, y dormid en paz. Mañana á las cinco os pondreis en camino; es mas prudente, creedme, viajar de día que de noche, porque tal vez no tendriais siempre la fortuna de caer en tan buenas manos.

—Creo que teneis razon, dijo Tomasi guardando sus pa-peles, y me pareceis mas honrado aún que muchos hombres de bien que yo conozco.

—Me alegro mucho inspiraros tales ideas, porque dormi-reis mas sosegado. A propósito, debo advertiros una cosa, y es que no bajeis al patio, porque mis perros podrian devo-raros.

—Gracias por el aviso, respondió el sargento.

—Buenas noches, dijo Bruno; y salió dejando al sar-gento en libertad de prolongar indefinidamente su cena ó de dormir.

Al día siguiente á las cinco, segun lo convenido, Bruno entró en el cuarto de su huésped, que ya se hallaba levanta-do y dispuesto á marchar; bajó con él y le guió á la puerta donde estaba el furgon enganchado, y habia además un caballo de montar magnífico, so-bre el cual se habia trasladado el equipo del que Ali habia in-utilizado. Bruno supli-có á su amigo Tomasi que aceptase aquel re-galo como memoria suya. El sargento no se hizo de rogar, mon-tó en el caballo, arreó el tiro del furgon y partió encantado, al parecer, de su nuevo conocimiento.

Bruno le miró ale-jarse, y despues cuan-do estuvo á veinte pa-sos le gritó: Sobre to-do, no os olvideis de entregar á la hermosa condesa Gemma la car-ta del príncipe de Ca-rini.

Tomasi hizo una se-ñal de cabeza y des-apareció por la esqui-na del camino.

Ahora si nuestros lectores nos preguntan cómo Pascual Bruno no fué muerto por el disparo de la carabina de Pablo Tomasi, les responderemos lo que nos respondió el señor César Aletto, notario de Calvarudo: Es pro-bable que en el tra-yecto de la carretera á la fortaleza, el bandido hubiese tenido la pre-caucion de sacar la bala de la carabina. En cuanto á Pablo To-masi, siempre ha crei-do mas sencillo pensar que habia habido má-gia.

Esponemos á nues-tros lectores ambas opiniones, dejándoles en completa libertad de adoptar la que les convenga.

(Se continuará.)

UNA HISTORIA AZUL.

I.

Mariano se hallaba sentado en una cómo-da butaca, al lado de la chimenea aspiran-do el aromático humo de un habano de la vuelta de abajo.

Y no creais que meditaba en los recuerdos del pasado ó en el misterio impenetrable del porvenir. No. Mariano no era de esos espíritus inclinados á la contemplacion, á ais-larse del mundo y vivir dentro de sí mismos reconcentrán-dose en su pensamiento.

Mariano era una de esas naturalezas francas y exube-rantes, que pocas veces vuelven la vista á lo pasado, á no ser para recordar los placeres que gozaron, y que nunca miran al porvenir.

Mariano era el ave fenix, el *rara avis* de que nos habla el poeta latino, Mariano era un hombre completamente feliz.

¿A qué no adivináis por qué se hallaba recostado en su butaca y mirando las oscilaciones de la llama en la chi-menea?

Pues es bien sencillo.

Habia estado aquella tarde en la Fuente Castellana y un amigo de la infancia, que por muerte de un tío lejano habia heredado una gran fortuna, le llamó y le hizo subir á su carretela.

—¡Qué bien se vá en una carretela de doble suspension!

pensó para sí Mariano al sentir halagada su pereza con el suave balance del coche admirablemente suspendido.

Despues su amigo le llevó al Teatro Real.

Y aquí es preciso advertir que Mariano solo habia estado en el Paraiso en el coliseo de oriente.

—¡Qué cómodamente se está en un palco y qué bien se oye la ópera y se ve la gente! volvió á pensar.

Concluido el primer acto de *La Linda de Chamounix*, que, se cantaba aquella noche, dijo á Mariano su amigo:

—Tengo que ir á ver á una *amiga confidencial*. ¿Quiéres acompañarme? luego te dejaré en tu casa ó volveremos aquí. Verás una muger hermosísima.

Mariano cedió.

El lujo de la casa de la *amiga* de su amigo, la estraor-

poltrona: eso es muy largo y es preciso escribir, charlar ó intrigar mucho: pasemos al segundo estremo. ¡Casarme! algo duro es, ipero son tan blandos los almohadones de una buena carretela, y es tan agradable oír á Mário desde un palco, y es tan confortable tomar el té al lado de una mu-ger hermosa! Además, la ejecucion de este medio no es tan difícil teniendo mi figura.

Y Mariano con una fatuidad adorable se miró con gran complacencia al espejo.

—Vamos, pues, á cazar un dote, exclamó completando su raciocinio.

En un momento se mudó completamente, poniéndose un traje de baile. Púsose luego el sombrero, se embozó en la capa y salió á la calle.

—La condesa de Bay recibe esta noche, pensó. Hace mas de ún mes que no parezco por su casa. Vamos allá.

Y se dirigió á casa de la condesa.

II.

Bellas lectoras de mis *cuentos de color de cielo* (1), ya miro á vuestros ojos azules preguntarme con una de sus límpidas mira-das, la historia de Ma-riano.

Tal vez el cazador de dotes haya desper-tado en vosotras algun interés, tal vez hayais creido que era un hé-roe de novela. ¡Po-brecillas! A lo mas puede ser el pobre Mariano héroe de un cuento como el pre-sente.

Ya os he dicho que Mariano era un hom-bre feliz. No vayais por eso á creer que era tonto, siguiendo aquel dicho vulgar, solo los tontos son fe-lices.

Su vida habia pasa-do como en un sueño, sin amores, sin emo-ciones, vejando. Sus padres habian muerto siendo aun niño, de modo que habia vivido sin derramar el esceso de vida de su alma en otra alma, aislado, so-lo, pero indiferente á todo, sin causarle tris-teza lo pasado, sin in-fundirle temor lo por-venir.

¿Quereis conocerle? Era pálido, de cabe-llos negros y de ojos pardos: su figura era distinguida.

Vais á hacerme la última pregunta, tal vez la mas importante. ¿Era rico? No, pero tampoco pobre, tenia con que vivir modes-tamente.

En fin completaré su biografía diciendo que no hacia versos, pero que bailaba bien y hablaba elegante-mente, con facilidad y distincion.

Al llegar á casa de la condesa de Bay, Mariano se quedó lleno de asombro.

—¿No es hoy jueves? preguntó al portero, que se vió y se deseó para no reirse en las barbas del jóven al oír tal pre-gunta.

—Sí señor, pudo contestar á duras penas. Pero la seño-ra ya no da bailes. Sin embargo está en el saloncito con la señorita Isabel y el general Gomez, y si V. quiere subir...

—Ya que he venido, subiré á saludar á la condesa.

Y Mariano subió, estrañando dos palabras del portero.

—¡La señorita Isabel! no conozco semejante señorita, ni caigo en quién pueda ser. ¡Bah! alguna amiga de la con-desa.

Pocos momentos despues entraba en el salon. La condesa de Bay era una muger hermosa; aun á pe-sar de sus cuarenta años habia sabido resistir los ataques del tiempo y se conservaba bien. Se hallaba sentada junto á la chimenea y repasaba distraidamente un elegante album.

(1) Esta novelita pertenece á una coleccion inédita de este título.



ANTONIO Y CLEOPATRA.

Ultima escena del drama de Shakspeare.

dinaria y atractiva belleza de aquella, concluyeron por des-lumbrarle.

—¿Volvemos al Teatro Real? le preguntó su amigo cuan-do hubieron tomado el té servido por aquella muger encan-tadora.

—No, estoy cansado y te agradecería me dejases en casa.

Y cuando Mariano, despues de subir los sesenta pelda-ños de su escalera, se encontró en su sotabanco, empezó á pensar y se propuso en términos precisos este problema:

Hallar el medio de tener carretela, palco en el Teatro Real y *amiga de confianza* á cuya casa ir á tomar el té por las noches.

Largo rato estuvo meditando, hasta que por fin dió un salto y se pegó una palmada en la frente. Hasta un salvaje apache ó comanche habria adivinado por semejante gesto, que habia hallado por fin una idea.

—Soy pobre, mas pobre aún que Job, se dijo á sí mismo Mariano. No tengo á nadie á quien heredar, Busquemos por otro lado. Estoy en *disponibilidad* de ser ministro ó de ca-sarme; para ser ministro tengo antes que ser periodista, luego diputado, luego oficial de una secretaria, luego direc-tor general y luego subsecretario antes de sentarme en la



VISTA EXTERIOR DEL PALACIO DE ESPOSICIONES EN PARÍS.

Mas allá, á ambos lados de un pequeño velador, jugaban á las damas el general Gomez y la desconocida señorita Isabel.

El primero tenia una de esas hermosas cabezas de veterano de tez tostada, cabellos de nieve y bigote gris.

La segunda era una litografía de *Keeseake*, blanca, aérea, pálida, de cabellos rubios claros y de ojos limpidos y azules como el cielo.

Pasemos por alto los cumplidos entre la condesa y Mariano, y la presentación que de éste hizo aquella á Isabel.

Esta era sobrina lejana y pupila de la condesa.

—He interrumpido mis reuniones, ya lo ve V., Mariano, estamos de luto.

La conversacion fué insignificante. Despues de un cuarto de hora Mariano se levantó.

—Venga V. á hacer compañía alguna noche á estas reclusas, dijo la condesa.

El general tambien se despidió, y él y Mariano salieron juntos.

—¿Quién es esa Isabel? preguntó éste al primero.

—Es una maravilla, el *non plus ultra*. Una huérfana bella y con diez millones de dote.

—¿Se chancea V., general? ¡Diez millones!

—Es la pura verdad, palabra de honor.

Mariano dió un salto.

—Eureka, exclamó con gran júbilo.

—¿Qué dice V.? preguntó el general.

—Nada. Es una interjeccion griega que yo uso, en lugar de algunas castellanas mal sonantes.

III.

El jóven no durmió aquella noche. La blanca figura de Isabel, rodeada de una aureola, no de gloria sino de oro, fué su quitasueño. Toda la noche la pasó recordando las estratagemas empleadas en sus amoríos de Capellanes, que tales habian sido hasta entonces los de Mariano; pero su buen sentido hizo que no los creyera aceptables para lograr el amor de su futura conquista. Por fin, resolvió, despues de

madura meditacion y de discutirlo minuciosamente consigo mismo, el concurrir con asiduidad á casa de la condesa de Bay; y sin hacerlas nacer, aprovechar las ocasiones que se presentaran para agradar á Isabel y conseguir inspirarla un amor verdadero.

No costó poco á Mariano el no ir las dos noches siguientes á casa de la condesa; pero conoció, que asiduidad tan repentina no podia menos de chocar, y consiguió vencerse.

A la tercera noche le fué materialmente imposible el dejar de ir.

—No vaya alguno á aprovecharse de mi ausencia y á birlarme el dote, se dijo mientras se vestia, tal vez para transigir consigo mismo.

La condesa de Bay le recibió con la afabilidad que le era característica. Isabel como si le conociera desde la niñez.

—La condesa debe haberla hablado bien de mí, pensó Mariano. Mi negocio vá bien.

El general Gomez no habia ido aquella noche. El jóven se propuso á sí mismo para hacer sus veces, si Isabel no queria perder la costumbre de jugar á las damas. Con este motivo la conversacion se animó, y tomó entre los dos jóvenes cierto carácter de intimidad y confianza.

La condesa tomaba poca parte en ella: hubo un momento en que dió algunas cabezadas. Isabel, que lo notó, llamó la atencion del jóven, tocando con su mano diáfana y suave la mano de Mariano, que en aquel momento movia una pieza, y señalándole luego su tia. Al mismo tiempo se inclinaba por encima del velador en que jugaban, y decia á Mariano:

—Mire V.

El blando y suavísimo contacto de la mano de Isabel con su mano, el aliento de la jóven y el perfume de sus cabellos que al inclinarse casi le habian rozado, hicieron que durante el espacio de un segundo una nube oscureciese la vista de Mariano y que su corazon apresurase sus latidos.

En aquel momento el reloj, que habia sobre la chimenea, dió una hora.

—Las once, dijo la condesa despertando.

—¡Tan tarde! Creia que apenas serian las nueve, exclamó Isabel.

Mariano se inclinó á su vez por encima de la mesa.

—Gracias por esas palabras, dijo á media voz.

La jóven se ruborizó y bajó los ojos.

Pocos momentos despues, Mariano se despidió. Sintió temblar la mano de Isabel en la suya.

En aquel instante el general Gomez entró apresuradamente.

—Vengo del Casino, dijo; los franceses han derrotado de nuevo á los austriacos en Solferino. Venia tan solo á dar á ustedes la noticia. ¿Se vá V., Mariano?

—Sí, general.

—Pues, vámonos, que no quiero molestar á estas señoras, y es un poco tarde.

El general y Mariano salieron de casa de la condesa.

—¿Con que Napoleon ha conseguido otra victoria en Solferino? Bien puede decir como César: *Veni, vidi, vinci*.

—Seguramente.

—Entonces ya somos tres, pensó Mariano. Yo tambien puedo decirlo. Hoy he ganado mi batalla de Solferino. *Veni, vidi, vinci*.

IV.

La noche siguiente Mariano consiguió no entrar en casa de la condesa, y decimos *entrar*, porque llegó hasta la puerta, pero en aquel momento hizo un esfuerzo de voluntad y logró vencerse.

En cambio la noche siguiente entró, y como la siguiente, las inmediatas.

El pobre Mariano, fuerza es decirlo, se engañaba á sí mismo. Creia, mejor diré, trataba de convencerse de que lo que con tal fuerza le arrastraba á casa de la condesa de Bay era el deseo de ser rico, de brillar, de tener vida llena de confort y de lujo. Pero era una mentira inocente, porque no conseguia convencerse.

Y era verdad. La gracia sencilla y natural de Isabel, su belleza simpática y pura, su talento sin pretensiones, su mirada límpida, la armonía de su voz, todo habia hecho conmovérsele dulcemente el corazon del jóven.

Tambien Isabel sentia cierta inclinacion hácia Mariano.

El amor de este, y ríanse en buen hora los que no crean en el amor, aumentaba como la bola de nieve, por lo mismo que le ocultaba, que se le quería ocultar á sí mismo, y cerraba los ojos de su alma para no verle.

Pero llegó un momento en que esto no fué posible. Entonces el joven quiso luchar, creyendo que el mejor medio para ser amado es no amar, porque no amando conserva uno los cinco sentidos que el amor oscurece y puede calcular á sangre fría lo que conviene y lo que no conviene, lo que es oportuno é inoportuno. Y se dijo parodiando un conocido drama:

—Habla, cabeza.

Y calla tú, corazón.

Pero era tarde y en vano quiso vencer á su amor y matarle. En la lucha el amor fué quien venció su frío egoísmo y su deseo de riqueza, y le pareció un sacrilegio el haber pretendido á Isabel sin otra mira que el interés.

—Este delito de lesa-hermosura merece un ejemplar castigo que reclama la vindicta pública, pensó.

Debo decir que Mariano había estudiado leyes, por mas que el lector dude de ello al oírle hablar de vindicta pública.

Estuvo discutiendo qué pena se impondría á sí mismo. Al fin encontró lo que buscaba.

—Pues contra el amor he delinquido, en mi amor debo ser castigado: así la pena será análoga y eficaz. Declaro, pues, que debo imponerme y me impongo la pena de no declararme en un mes.

—Muy dura es la sentencia, continuó pensando: me es en extremo gravosa y perjudicial... Apelo.

—Pero, mirándolo bien, siguió diciendo para sí; considerando la magnitud del atentado, en justicia debo confirmarla... y con las costas.

V.

¡Pobre Mariano!

Es imposible decir lo que sufrió en aquel mes, que le pareció mas largo que un siglo.

Tener siempre en los labios, queriendo brotar de ellos, dos palabras llenas de dulzura y pasión, un *te amo* ardiente y tierno, y tener que rechazarlas al fondo del corazón, y tener que callar. ¡Horrible martirio!

Veinte veces quiso romper su condena y veinte veces se contuvo por un esfuerzo heroico.

Para completar su tormento, Isabel se manifestaba recelosa y fría, al ver que aquellas dos esperadas palabras no salían de sus labios. La joven se decía á sí misma que el amor de Mariano, que ella con esa intuición natural en las mugeres había adivinado, había sido un capricho efímero, y achiacaba á eso el obstinado y prolongado silencio del pobre joven.

Los días se sucedían lentamente unos á otros, creía que el fin del mes nunca había de llegar, tanto le parecía que tardaba. Por fin pasaron diez días, luego veinte, luego veinticinco. Y no los contaba Mariano con poca impaciencia.

Al cabo llegó el día tan deseado, en que podía romper el silencio y dejar que se derramara todo el amor que en su pecho se había ido concentrando y que ya no podía caber en él.

Pero Mariano quiso cumplir su espionaje hasta el último momento.

Una hora antes de que terminase el mes, se dirigió á casa de la condesa. Esta había salido. Pero Isabel le recibió.

Púsose Mariano á hablar de cosas indiferentes, siguiendo á la aguja del reloj con la vista.

—¡Ya solo falta un cuarto de hora! decía para sí mientras hacia el juicio crítico de la ejecución de la última ópera que se había cantado en el Teatro Real.

—¡Cinco minutos! ¡Nunca había creído que un cuarto de hora fuese tan largo!

Por fin la aguja señaló la hora y la campana sonó.

Un homérico suspiro se escapó del pecho del joven, como si le hubieran librado de un peso enorme.

—¡Al fin! murmuró.

Y una declaración hecha con todas las reglas del arte y en esa voz conmovida que atestigua de que se siente lo que se dice, brotó de los labios de Mariano.

—¿Esperaba V. que diera la hora para hacerme esa declaración? preguntó Isabel.

Esta se vengaba de lo que se había hecho esperar la declaración.

—Sí, Isabel, contestó resueltamente Mariano.

Y contó á la joven cuanto había pasado.

—¡Pobrecillo! murmuró esta cuando terminó su narración: y al mismo tiempo le alargó su mano de alabastro.

Mariano se arrojó con una adoración verdadera y besó respetuosamente aquella mano.

—¿Me permite V. pedir esta mano á su tía?

Un *si* pudoroso y apenas perceptible fué la contestación.

—Y yo te la concedo, exclamó la condesa de Bay, que había entrado en la habitación sin ser sentida y había oído la última parte de la conversación de los jóvenes. Mariano, continuó, eres digno de ella; yo te la doy. ¿Me prometes hacerla dichosa?

—Se lo juro á V., exclamó el joven.

Diremos, para concluir, que Mariano ha cumplido su promesa.

F.

ANTONIO Y CLEOPATRA.

Con el renacimiento de las artes aparece en Inglaterra William Shakspeare. Al impulso de su genio brota del caos el arte dramático, y asombrada la multitud ciñe á su frente el laurel del triunfo.

El mercader de lanas, el cazador furtivo, el miserable histrión fué saludado por el mundo inteligente como el gobernador del teatro. Los aplausos del pueblo y la amistad de los reyes recompensaron su victoria sobre los recuerdos del arte griego y romano.

Como prueba incontrastable de aquella lucha legó á la posteridad treinta y cinco dramas. Entre ellos *Antonio y Cleopatra*, cuya última escena reproduce el grabado que acompaña este número.

La orgullosa reina de Egipto vencida por César, después de presenciar la muerte de Antonio y de Iras, se aplica al desnudo brazo un áspid del Nilo, diciéndole: «Ven, reptil homicida, y desata el enredado nudo de mi existencia.»

La situación es sublime. Si pudiéramos trasladar toda la escena, el lector experimentaría al leerla el entretenimiento glacial que debe causar el contacto de una víbora. Basta, empero, esta indicación para conocer al célebre trágico. Es una chispa por la que puede adivinarse el sol que, al través de tantos siglos, ilumina aún la escena.

PLACERES OFICIALES.

Hace bastantes años que en Persia hubo un sultan, trigésimo noveno del nombre Mustafá.

¡Qué vida tan hermosa supo agenciarse el tal! comer, beber, y luego tumbarse en un diván.

Cien bellas encubiertas con gasas y cendal delante de sus ojos poníanse á bailar.

Chupando larga pipa con sonolienta paz, así de sus vasallos buscaba el bienestar.

Mas ¡ay! que siempre abruma la turca magestad un invencible tedio postdata del reinar.

En vano cada día compra una esposa mas, ó empala cuatro negros ó cuelga algun bajá.

En vano sus vasallos, señal de libertad, la punta de las uñas le vienen á besar.

En vano á sus dominios zurcir quiere un retal, y á dos vecinos príncipes envía á pasear.

En vano ilustre séquito delante vá y detrás, llevándole los picos de cola y delantal.

En vano vá vencejos ó tigres á cazar; y en vano el vientre llena de trufas y faisán.

Placeres oficiales

le cercan sin cesar, y el tedio cada día se aumenta mas y mas.

—¿Sabeis, caros lectores, qué quise demostrar? Que no hay placer posible llamándose oficial.

JOSÉ GONZALEZ DE TEJADA.

¡ESTÁ LOCA!! (1)

(2.ª PARTE.)

1.

Han trascurrido algunos años.

La posesión de Santa Engracia, abandonada desde la muerte del último colono, vuelve á estar habitada, presentando sus huertas y alamedas un dulce encanto en las deliciosas mañanas primaverales.

No es la hechicera Virginia la que, como en otro tiempo, pasea ahora bajo los tilos y los naranjos, que la ingratitud de su amante, conduciéndola á la locura, llevóla muy lejos de aquellos sitios.

Y es, sin embargo, una joven no menos que ella hermosa, no menos que ella inocente, la que aspira la fragancia de los jazmines y el perfume del azahar.

Es Adelaida, la esposa de Raimundo, aquella por cuyo amor fué abandonada Virginia: es Adelaida, que bebe en dorada copa la felicidad.

Al encaminar sus pasos por la calle de árboles que guía al arroyuelo, donde en mejores días miró la loca retratar sus gracias, conduce de la mano á la pequeña Estrella, su hija, el ángel de ventura que el cielo colocó en el paraíso de su amor, y se la oye murmurar algunas palabras, que apenas si pueden dar idea de sus pensamientos.

—No sé—dice,—por qué se agolpan las lágrimas á mis ojos: por qué ahogada el alma presagia tristemente de esta separación. ¡Raimundo! ¡Si no volviera á verte!... ¿Qué vá á ser de tí, hija mía, si te desampara nuestro cariño?

—No llores, mamá—balbucea Estrella, al advertir su llanto.

—No lloraré, ángel mio; que tú eres mi dicha, tú eres mi consuelo.

Cuando esto dice la interesante joven, cubre de apasionados besos el rostro celestial de la niña.

Raimundo se presenta entonces radiante de felicidad. Llega vestido en traje de camino, y sus primeras caricias son para la niña: después, dirigiéndose á su esposa, ciñe un brazo á su cintura y la dice con cariñoso tono:

—He estado contemplándoos, esposa mía, desde aquellos árboles. ¡Formabais un grupo tan delicioso!... ¡Oh! ¡qué feliz me ha hecho la Providencia! mas... ¿por qué es ese llanto?

—No lo sé, Raimundo.

—Considera, que no podré abandonarte en ese desconcielo, y que me faltaría el valor de que en estos momentos necesito.

—Tienes razón. Fué solo un presentimiento, y dices bien, debo tranquilizarme cuando ningún peligro nos amenaza.

—Además, mi ausencia será muy corta.

—Sí, sí: ya tendré valor.

La infortunada Adelaida, al espresarse así, bebía sus lágrimas en abundancia y sufría un martirio cruel; mas reponiéndose un tanto, dejó asomar una encantadora sonrisa para alentar á su esposo.

—Tienes fortaleza, Adelaida; bien: eso me agrada. Oye, ni me despido de tí. El *adios* que te deje, será como una prueba del cariño que te reservo para mi vuelta, porque volveré á repetirte mis palabras de ayer; cada hora, cada minuto de mi ausencia será un siglo de deseos que llene mi corazón y mis pensamientos. ¿Me dedicarás los tuyos? ¿Cuidarás de nuestra hija?

—¿Lo dudas?

—No, no.

El suave estallido de un beso viene á denunciar entonces la despedida de los dos esposos, y mientras Raimundo desaparece con apresurado paso, su esposa se deja caer sobre el césped balbuceando algunas frases.

La pequeña Estrella decía luego:

—¿Dónde está papá? Yo no quiero que se vaya... Yo no quiero que tu llores.

—Ya volverá; ven y dame un beso, dueño mio.

Y mientras la afligida Adelaida acariciaba á la niña, vuelve á derramar amargas lágrimas.

Mas tarde Estrella, que apenas cuenta cinco ó seis años, se entretiene tirando de las orejas á un hermoso perro que echado á sus pies, lame sus manos cariñosamente.

—Ven aquí, Bem,—dice la niña, contrariada al parecer por el cariñoso animal.

—Ángel de mi vida, deja á Bem y acércate á mis brazos.

Estrella entonces corre á los brazos de su madre.

Hacia solamente dos horas que Raimundo había partido.

II.

¿No se ha desvanecido alguna vez, lector, la mas bella de vuestras ilusiones por una pesadilla horrible?

Al considerar ya próxima la realización de vuestra felicidad; ¿no habeis soñado que se os presentaban y engrandecían obstáculos que apenas pudisteis sospechar?

Pues esto es lo que ha acontecido á Adelaida.

Un ensueño triste, horroroso, ha venido á deshojar una por una las flores que adornan su existencia, arrebatándole sus ilusiones.

En una de las noches que se siguieron á la partida de Raimundo, háse abandonado al reposo que en vano buscara en las precedentes, y aunque en su febril estado nieganse sus párpados á concederle el descanso apetecido, ¿nada al fin comienza á dormitar.

Vagos fantasmas de siniestro aspecto cruzan entonces ante sus velados ojos, presentándosele su imaginación como amenazadores espectros que á horcajadas se sostienen y columpian sobre animales de una raza desconocida.

Estos aterradores espectros, se transforman luego en sombras gigantescas de rostros repugnantes y descoloridos, que á poco se desvanecen para dar lugar á otras figuras extrañas que bullen girando á su alrededor de una manera fantástica é imponente.

De pronto vé á su esposo sosteniendo una lucha horrible: bien distingue á sus contrarios; son muchos, y parecen evocados de las entrañas de la tierra, siempre en ademan inquieto y batallador.

¿Cómo ha de vencer Raimundo contra invulnerables enemigos? Esta idea la anonada.

En su delirio quisiera sostenerle en sus brazos al verle caer anegado en sangre, pero entonces le oye exclamar con desgarrador acento: ¡*Venganza, venganza!*

Ante semejante espectáculo, desfallece: su pecho oprimido respira con dificultad, mientras deja escapar un llanto dolorido.

Tan fuertes impresiones no vuelven á Adelaida sin embargo, de su funesta pesadilla.

Si ha separado la vista por un momento de la angustiosa escena, es porque llama su atención el enrojecido y humeante acero del asesino, en cuyo rostro se fija entonces gritando sobrecogida de espanto: ¡*Gran Dios! ¡es la loca!*

¡Cuánta es entonces su amargura! Parece una víctima espiatoria de ajenos crímenes.

Presa de ese tenaz sueño, sigue con los ojos de la imaginación los menores movimientos de aquella infernal muger, de aquella desencadenada furia que continúa asestando mortales golpes sobre el inanimado cuerpo de su esposo.

(1) Véase el número 23.

De repente vé que la loca se abalanza sobre su hija llevándosele lejos, muy lejos, donde su penetrante mirada no alcance.

Figúrasela que vá á despedazarla y á arrojar luego á sus pies sus mutilados miembros, y entonces hace un supremo esfuerzo; levántase del lecho y se adelanta blandiendo en su diestra una daga, que precipitadamente ha tomado en la habitación de su esposo.

Ya se dispone á herir á la loca, ya su brazo se alza y descende asestado sobre aquel fantasma que le roba todas sus dichas, cuando al ejecutar su designio, despierta des-pavorida y lanza un grito inesplicable de angustia cayendo inerte sobre el pavimento.

El puñal quedaba hundido en el lecho de Estrella colocado á escasa distancia del de su madre.

Sin duda al despertar la sonámbula reconoce hasta dónde la conducía la fatalidad de su sueño, y creyendo haber asesinado á su hija había caído desmayada.

¿A qué podía compararse entonces su pena?

Muchas horas sin duda pasa Adelaida en este estado, hasta que vuelta en sí y recordando amedrentada los sucesos, levántase de improviso y se arroja en el lecho de su hija, pero es vana su solicitud, porque la niña ha desaparecido.

Abatida y loca por tan estrañas impresiones, registra aunque inútilmente, toda la casa.

Ahora que comprende que lo único de real en su sueño es la desaparición de su hija, procura inquirir datos de todos los criados, porque solo abrazándola puede calmar su ansiedad.

¡Qué mucho! El cariño de una madre no puede medirse sino por los dolores que sufre en tan supremos momentos.

Solo llega á saber por alguno de sus servidores que Bem, el celoso guardador de la casa, en las altas horas de aquella noche ha dejado oír lastimeros ahullidos, y con tal indicio marcha en busca del fiel animal.

Este había también desaparecido.

Lágrimas abundantes vuelven entonces á enrojecer los ojos de Adelaida, dejando un surco impreso en sus mejillas y un desconsuelo inmenso en su corazón.

Penosas, muy penosas fueron las horas que se siguieron á tan triste despertar.

III.

Raimundo que retorna de su expedición, se acerca ya á las huertas de Santa Engracia.

Ignorando los disgustos que allí le aguardan, hunde las espuelas en el vientre de su caballo, porque anhela llegar pronto para calmar con su presencia las inquietudes de su esposa.

Pero no sabe hasta qué extremo la conducen hoy sus sufrimientos, no sabe que su llegada podrá aminorarlos, pero no acabarlos, é ignora por fin que Adelaida no le espera allí, porque sin norte que la guíe, seguida solamente de algunos criados, hace muchas horas que se ha estrañado de la casa para buscar á su hija, tomando al acaso el primer camino que le deparó la ventura.

Quizá el rumbo incierto que esta sigue acorte la distancia entre los esposos, mas ¿cómo ha de presumir ninguno de ellos que puedan encontrarse?

Raimundo por su parte continúa sin accidente alguno su viaje embebido en sus reflexiones.

De improviso advierte que se detiene su caballo, y se sorprende estraordinariamente. ¿Qué causa puede motivarlo?

¡Ya! Es Bem, que habiendo conocido á su amo se abalanza al cuello del caballo, para lamer sus manos.

Entonces Raimundo, como si se dirigiera á uno de sus mas leales servidores, esclama:

—¿Qué es eso Bem? ¿Cómo abandonas la casa; tú que simbolizas la lealtad, tú que eres el defensor, el custodio fiel del tesoro que encierro en ella? Vamos, acompáñame y prosigamos juntos el camino que nos resta.

Y diciendo esto, metía espuelas á su caballo; mas el inteligente perro, como si hubiera comprendido aquellas palabras, lanza un quejido lastimero, oponiéndose al designio de su amo.

—¿Qué diablos tiene este perro?—murmuró Raimundo. —Esto no parece natural.—Paso, Bem, paso,—añadió en voz alta espoleando al caballo.

Pero Bem vuelve á interponerse en su camino, soltando un ahullido prolongado.

—Veamos, Bem, lo que quieres; ya te sigo—prosiguió entonces el sorprendido ginete.

Y se pone en seguimiento del perro que, moviendo la cola y volviendo los ojos de vez en cuando para ver si su amo marcha tras él, se encamina á campo traviesa hácia un sitio agreste y solitario.

De pronto se pone á rastrear y se detiene á la entrada de una gruta.

Raimundo, que lo observa, bájase del caballo y se adelanta con el perro por la entrada de la caverna.

Entretanto, tres ó cuatro personas, que por opuesto camino llegan en aquel momento, conocen á Bem y se disponen también á entrar en la gruta.

—Quedaos á la puerta—dice Adelaida, pues era ella, á los que la acompañaban.—Yo sola entraré.

La angustiada esposa, que ha reconocido á Raimundo, de quien solo la separan algunos pasos, quiere seguirle valerosamente.

¿Quién habita en aquella mansion oscura, y por qué rara casualidad llegan á reunirse en ella esos dos seres hasta entonces felices?

¡Ay! que no existe sér alguno sobre la tierra que pueda huir la realización de su destino.

Y el de estos era horrible.

Penetremos, lector, en la caverna tras de Adelaida, que

en vano pugna por salvar la pequeña distancia que de su esposo la separa.

IV.

¿Qué espectáculo es el que se ofrece á la asombrada vista de Raimundo?

En el espacioso centro de aquella cueva ve de pié á una muger pálida, desgredada y cubierta con un andrajoso vestido, que contempla con afanados ojos á una niña, sosteniéndola en sus brazos, mientras con el gesto y la palabra acaricia á un enorme lobo, sobre el cual se balanceaba un chichuelo haraposo de seis á siete años.

Aquella muger es Virginia; el muchacho su hijo y la niña Estrella, á quien desde el momento han reconocido Raimundo y Adelaida.

La primera mirada causa en aquel un estupor indescriptible; mas repuesto un tanto, avanza fuera de sí, cuchillo en mano, para arrancar á su hija de los brazos de la loca.

—No te acerques, miserable—esclama ésta al verle;—Rak, aquí;—añade acariciando al lobo, que se interpone entre ella y Raimundo:—mas no, no huyas, perjurio; es un placer sin igual, tener un hijo y adorarlo. ¿No es verdad? Yo también le tengo. Mirale.

Y señalaba al niño, soltando una carcajada horrible.

Raimundo siente correr entonces por su frente un sudor copioso y frio, y sin embargo, adelanta; pero antes de que tenga tiempo de llegar adonde está su hija, Adelaida hace un supremo esfuerzo y se precipita hasta tocar el vestido de Virginia. El amor de madre no reconoce ni peligros, ni sacrificios.

—Rak, aquí;—vuelve á decir la loca.

Y Adelaida cae al suelo herida por la fiera.

Raimundo, que acaba de reconocer en aquel momento á su esposa, acomete á Rak, mientras el fiel Bem acude en auxilio de sus amos. Ya era tarde.

La terrible lucha no puede prolongarse, porque resguardada la loca por el lobo, vá ganando la otra entrada de la caverna, por la cual desaparece, llevándose á los niños y cerrando tras sí la puerta.

La fiera entonces se revuelve entre Raimundo y el perro, y dando un ahullido feroz gana también la primera puerta, dejando espantados á los criados de Adelaida.

Herido el leal Bem no puede seguir á los fugitivos.

¿Quién puede saber adonde estos van?

Entonces Raimundo y los criados, que acuden presurosos, se ocupan de socorrer á Adelaida, cuya herida es mortal.

Conducida á su casa, donde es cuidada con esmero y asistida por los mas hábiles médicos, Raimundo tiene el sentimiento de verla espirar al segundo día, entre los dolores mas crueles.

—¡Y mi hija!—¡Hija de mi vida!

Estas son las últimas palabras que aquella infeliz madre pronuncia.

Los habitantes del contorno, con noticia del suceso, dieron despues algunas batidas por aquellos agrestes parajes; pero sin resultado, porque durante muchos años que se siguieron, no se volvió á saber de la loca.

Si alguno casualmente pudo verla, acompañada de Rak, fué tal el temor de que se halló sobrecogido, que no quiso comunicar á persona alguna su descubrimiento.

De este modo espiaba Raimundo su perjurio, sintiendo perder, por las desgracias que le robaban los seres mas que ridos de su alma, sus mas dichas ilusiones.

¿Quién sabe si todavía le estaba reservada una espion mayor?

RAMON REAL DE MENDOZA.

LAS HADAS Y SUS HECHIZOS.

CUENTOS ALEMANES POR HANS CHRISTIAN ANDERSEN.

CUENTO PRIMERO.

EL ABETO.

En la espesura de la selva erguia su ya lozana copa un pequeño abeto. Estaba allí colocado á su completa satisfacción; pues podía disfrutar de la brisa y de los rayos del sol, cuanto le era menester, y le rodeaban además multitud de compañeros, abetos ó pinos, todos mas altos que él. Pero andaba el tiempo y haciasele tarde al pequeño el crecer algo mas. En este pensamiento olvidábase del sol que le daba vida, y del céfiro que le refrescaba, y menos todavía fijaba su atencion en los muchachos de la aldea que á su alrededor se solazaban, siempre que iban al bosque á coger fresas y frambuesas. Solian estos detenerse allí, con su canasto lleno de bayas y de frutas silvestres, y estendiéndolas sobre una camita de paja, sentábanse á la sombra del lindo abeto, y contemplándole decían:—«¡Oh, qué donoso árbol!» Pero el árbol se mantenía insensible á estos elogios que el candelero le tributaba.

Al siguiente año habia ya crecido un nudo mas, y al otro año, todavía otro nudo; que de los abetos es cosa fácil conocer la edad con certeza, contando por sus nudos el número de años.

—¡Ay! ¡Y cuánto me tarda el ser ya tan alto como los demás árboles!—esclamaba suspirando el tierno abeto.—Entonces dilataria yo mis ramas en todo mi derredor, y mi copa, ya elevada, podría estender sus miradas por el ancho mundo. Fabricarían sus nidos las avejillas en mis nudosos ramos, y cuando soplaste la brisa podría yo mecerme é in-

clinar mi copuda cima con tanta dignidad como el mas magestuoso de mis compañeros.

Ni le deleitaban los rayos del sol, ni las aves, ni las rosadas nubes que pasaban por encima de él todas las mañanas y todas las tardes. Durante los frios del invierno, cuando el suelo se hallaba encapotado con lucientes sábanas de hielo, solia á veces saltar hasta las ramas del chico abeto alguna liebre ligera: ¡oh, cuánto le mortificaba! Pero al cabo de otros dos inviernos, ya el árbol habia crecido tanto, que le miraban las liebres á su paso, pero no se atrevían á trepar sobre él.

—¡Ay! ¡si pudiera yo crecer mas y mas todavía,—esclamaba el abeto,—y erguirme mas alto hácia las nubes, y llegar á ser viejo é imponente! ¡Esta es la única ambicion que abriga mis pensamientos!

En el otoño iban siempre los leñadores á la selva y derribaban muchos de los árboles mas encaramados. Nuestro abeto, que ya habia crecido mucho, temblaba cada vez que esto veía, pues sus altivos compañeros caían al suelo con grande estrépito y reclamando como indignados contra aquel duro tratamiento. Despojábanles los leñadores de todas las ramas, y les dejaban el tronco tan desnudo y pelado, que apenas el abeto podía conocer en ellos á sus antiguos y magestuosos camaradas. Luego los colocaban en carretas y los llevaban fuera de la selva... pero ¿á dónde? ¿cuál era su destino?

En la primavera, cuando las golondrinas y los gorriónes regresaban al bosque, el abeto les preguntaba:

—¿Sabeis á dónde les han llevado? ¿No les habeis visto?

Las golondrinas nada sabían; pero un gorrión, despues de haber reflexionado mucho, dijo:

—Sí; creo que sí: pues encontré cuando volaba yo viniendo de Egipto, muchos buques nuevos con muy hermosos mástiles, y se me figura que debían ser ellos, tanto mas, que oían á abeto. Te doy el parabien de la suerte de tus compañeros. ¡Si vieras su ostentacion en medio de los mares!

—¡Ah! ¡Si fuera yo bastante alto para pasar el mar! ¿Qué viene á ser el mar? Dime. ¿A qué se parece?

—Seria cosa muy larga el explicártelo—respondió el gorrión, y cogió de nuevo el vuelo dejando al abeto con su curiosidad.

—Disfruta de tu juventud—dijéronle entonces los rayos del sol,—goza de tu creciente lozanía y de tu ufana existencia, mientras que te dure.

Y un céfiro ligero acarició con sus besos al árbol, y el rocío derramó sobre él algunas lágrimas; pero el abeto no acertó á comprender á ninguno de ellos.

Al acercarse la Pascua de Navidad, unos aldeanos fueron á cortar varios árboles aun tiernos; árboles que no eran todavía ni tan altos, ni tan ancianos como nuestro abeto; el cual, sin embargo, estaba impaciente por dejar su suelo natal. A aquellos árboles, escogidos por cierto entre los mas hermosos, no se les quitaron las ramas, sino que con toda su ramazon fueron colocados con gran cuidado sobre unas carretas y llevados fuera del bosque.

—¿A dónde irán?—preguntábase el abeto.—No son mas altos que yo: al contrario, hay entre ellos uno que es mucho mas pequeño. ¿Por qué les dejarán las ramas?

—Nosotras lo sabemos—dijeron las golondrinas;—lo sabemos, porque en aquella ciudad vecina solemos mirar por las ventanas lo que pasa dentro de las moradas de los ricos y de los pobres. ¿Sabes lo que van á hacer de esos árboles? los van á colmar de honores y presentes. Les pondrán en una sala gayamente adornada, y les colgarán una multitud de lindos objetos; manzanas doradas, muñequitos de talpa, dulces y confituras, crucecitas de varios colores, juguetes y monerías, y además les pondrán cientos de cerillos encarnados, verdes y blancos.

—¿Y despues de esto?—preguntó con grande ansiedad el abeto.

—Nosotras no vimos nada mas; pero lo que vimos era delicioso.

—¿Si estaré yo destinado á tan brillante porvenir?—esclamó estasiado el ambicioso abeto.—Esto valdria todavía más que cruzar los mares. ¡Cuánto tarda ya la próxima Pascua! Los árboles que llevaron en la pasada, no eran ni tan altos, ni tan hermosos como yo. ¡Qué elegante estaré con tantos y tan lindos objetos colgados de mis ramas! Y luego, algo mejor debe haber todavía; de lo contrario, no me adornarían tanto. ¡Pero este algo, qué podrá ser? Impaciente estoy de tanto esperar. ¿Cuándo, cuándo acabará de llegar la Pascua?

—Goza de nuestros dones—le dijeron las brisas y los rayos del sol;—goza de los dias brillantes de tu juventud, en esta plácida morada y al aire libre.

Pero el abeto ni gozaba de lo presente, ni cesaba de suspirar, ansiando que se acelerase su porvenir. Durante el invierno y el verano se mantuvo siempre enmantado de su verdor oscuro, y estaba tan ufano, que cuantos le veían no podían dejar de celebrar su hermosura. Así fué que llegó la Pascua, y le derribaron al suelo como uno de los escogidos. El hacha le cortó desde la raíz, y cayó el abeto lanzando un triste quejido. En aquel momento olvidó las penas que acaso le amagaban, sumergido como estaba en el dolor de abandonar la tierra que le habia visto nacer, y en donde habia pasado los años de su no molestada juventud. Harto conocia que no habia ya de volverla á ver y que tampoco veria ya mas á sus queridos compañeros, ni á los arbustos y flores que á su sombra habian crecido, sirviéndole de corte y de pedestal. ¡Acaso tampoco habia de volver á ver las aves que le cantaban, ni el céfiro que tan amorosamente le habia mecido en sus juveniles años! Lleváronle con otros en la carreta, por cierto que el viaje no fué para él muy placentero.

Cobró, sin embargo, nuevos ánimos, cuando ya arrimado con sus compañeros á un rincón del patio de una magnífica casa, vió al amo de ella que pasaba y despues de haberlos examinado, dijo:

Nos basta uno solo; escogeremos este, que es el mas hermoso.

¡Era nuestro abeto!

Dos lacayos muy bien vestidos le cogieron entonces y le llevaron á un salon ricamente amueblado. Allí habia alfombras, mármoles, sillones grandes, espejos, mullidos sofás, mesas, mesetas, cuadros, flores, colgaduras, libros espléndidamente encuadernados, y encima de las sillas y de las mesas una infinidad de juguetes y de objetos de arte, destinados al parecer á engalanar el árbol favorito. Todo esto halagó la vista y los ambiciosos pensamientos del abeto, é hizo olvidar por un momento su forzado destierro.

Colocáronle en un barril lleno de arena; pero nadie podia adivinar que fuese arena, pues estaba cubierto por defuera con seda de varios colores, y adornado con franjas y flecos de oro. Asi que el abeto se vió levantado sobre tan rica base, se estremeció de contento y de orgullo, y mas, cuando vió que las hijas del dueño de la casa, y los niños ayudados por varios criados vestidos con librea principiaron á engalanarle, colgando de sus ramas multitud de objetos á cual mas lindos; frutas, dulces, cintas, cuadros, muñecos, y sobretodo, una infinidad de cerillos de todos colores. Jamás habia visto el abeto semejante espectáculo. Erguíase, cuanto mas podia, y no dejaba de contemplar la reluciente estrella que le servia de corona, y que daba un aspecto de magestad real á su magnífica apariencia.

Esta noche con las velas encendidas todavía brillará mas, y será mil veces mas hermoso—decian todos los de la casa:—y el abeto no cabia ya en sí de gozo y deseaba con la mas viva ansiedad que llegase la hora de la noche y de su completa gloria.

¡Si vendrán á verme en mi esplendor los árboles de la selva? ¡Si llegarán las golondrinas á contemplarme al través de las ventanas? Si me dejarán arraigarme y crecer en este sitio, y pasar así en esta magnificencia el invierno todo y el verano?—Con estas y otras reflexiones semejantes iba el abeto entreteniéndose las tan largas horas que le faltaban para la noche.

Al fin llegó esta, y se encendieron todas las velas que le adornaban. ¡Oh, qué espectáculo tan grande y halagüeño! Se estremeció de gozo el árbol, tanto, que uno de los cerillos prendió fuego á las hojas que estaban cerca de él.

—¡Socorro! ¡socorro!—esclamaron alarmadas las niñas de la casa, y abalanzáronse al punto con los demás que allí habia á apagar el incendio.

El árbol conoció el peligro que corria en entregarse al júbilo estremado, y trató en adelante de moderarlo. En esto se abrieron las puertas del salon y entraron gozosos una multitud de muchachos, y detrás de ellos varios jóvenes y muchachas de mas crecida edad. Despues de unos momentos de silencio principió el bullicio. Los muchachos daban grandes gritos, y los mayores comenzaron á bailar alrededor del abeto. Durante la danza, unos y otros iban despojándole de todos sus adornos, hasta que al fin se quedó sin mas ornamento que el de sus propias ramas. A medida que los cerillos se iban consumiendo, los quitaban del árbol, y cuando hubieron desaparecido todos, los niños se abalanzaron al abeto buscando si habia quedado en él algo que recoger todavía; mas en medio del despecho que se apoderaba de ellos, al ver que nada habia ya que quitarle, le arrancaban las ramas y las hojas, y le maltrataban y maldecian.

Cansados de injuriarle, volvieron otra vez á bailar y á divertirse con los juguetes robados al abeto, sin hacer caso de este, ni volver siquiera á mirarle otra vez.

—¡Una conseja! ¡Oigamos una conseja!—gritó uno de los muchachos, tirando del brazo á un señor anciano y llevándole cerca de donde estaba el árbol.—El anciano se sentó y dijo:

—Está bien: nos sentaremos aquí á la sombra del abeto de Navidad, pues tambien le gustará al pobre árbol oír mi cuento. Pero advertid que no os voy á contar mas que uno. ¿Cuál quereis? ¿el de Ivede-Avede, ó el de Humpty-Dumpty, que se cayó de lo alto de las escaleras, y luego se volvió á levantar lleno de honores y consiguió la mano de la princesa?

—¡Ivede-Avede!—gritaron unos.—¡Humpty-Dumpty!—vociferaron otros; y en medio de la algaravía que movieron, el infeliz abeto permanecía en silencio, pensando únicamente en cuál habia de ser la suerte que le cabria despues de terminada la funcion de aquella noche.

El anciano contó la conseja de Humpty-Dumpty, que cayó escalera abajo, y sin embargo volvió á subir lleno de honores y obtuvo la mano de la princesa. Y los niños le victoreaban á cada paso diciéndole:

—Adelante, adelante.

Despues de terminada, quisieron oír la otra; pero tuvieron que contentarse con la de Humpty-Dumpty. El abeto seguia mustio y pensativo. Las aves del bosque nunca le habian narrado nada de todo esto.

—Se cayó de las escaleras, y sin embargo, obtuvo la mano de la princesa—decíase á sí mismo el abeto.—Esta debe ser la historia del mundo; ya que así lo cuenta un anciano tan respetable y tan bien vestido. ¿Quién sabe si caeré yo tambien y conseguiré á una princesa?

Y se consolaba con estos pensamientos, y halagábale la esperanza de que al siguiente día le volverían á adornar y á alumbrarle con vistosas luces.

En la mañana siguiente entraron en el salon un criado y una criada; cogieron el árbol; lo sacaron del cuarto, y lo llevaron arriba á una guardilla oscura, en donde jamás penetraban los rayos del sol. Allí le dejaron por el suelo, arribado á un rincón.

—¿Qué significa esto?—preguntaba el árbol, y un día tras otro repetíase la misma pregunta; pero pasáronse semanas y meses sin que penetrase nadie en la guardilla, mas que



LA POESIA.

algun criado, que de vez en cuando subia allá alguna caja vieja y rota y la amontonaba en el mismo rincón en donde estaba el abeto; tanto que al fin quedó este tan completamente cubierto y escondido que no hubiera sido posible verle aunque la guardilla estuviese tan llena de claridad como lo estaba de tinieblas.

—Por allá fuera es ahora invierno,—pensaba entre sí el árbol,—la tierra está cubierta de hielo; así es que no me pueden plantar, y por esto me tienen aquí, sin duda hasta que llegue la primavera. ¡Bien pensado! Por lo demás, aquí no estoy mal: solo desearia no hallarme tan solo y tan á oscuras. Ni siquiera hay aquí una liebre que anime la vida. ¡Cuán agradable era el pasar el invierno allá en la nieve, y el sentir que una tímida liebre venia á cobijarse bajo mis ramas! ¡Aquí estoy tan solo!

—¡Mira! ¡mira!—gritó en esto un ratoncito, que se asomaba por cerca del abeto, seguido de un su compañero.

Subieron ambos encima del abeto y se escondieron entre sus ramas.

—Sino hiciese tanto frio—dijo el ratoncito mas pequeño,—no estariamos mal aquí. ¿No es verdad, viejo abeto?

—No tan viejo—respondió el árbol.—Otros mucho menos jóvenes levantan sus copas en medio de la selva.

—¿De dónde vienes? ¿Cómo te llamas? ¿Por qué te encuentras en esta guardilla?—preguntáronle los dos ratones, que eran de suyo muy curiosos.—Dinos cuál sea el lugar mas hermoso del mundo; pues tú debes de haber estado en él: algun paraje, en donde pueda uno bailar sobre quesos y sebo, y vea colgados en el techo buenos jamones, y de donde pueda uno salir doble mas gordo de lo que entró.

—Nada sé de tales sitios. Solo sé de mi querida selva, en donde luce el sol y trinan las canoras aves.—Y les contó la historia de sus primeros años.

Y los ratones, que jamás habian oído nada de la bella poesía de la naturaleza, quedaban atónitos y esclamaban:

—¡Oh, cuán dichoso debias ser entonces! ¿Por qué abandonaste una existencia tan placida y risueña?

—¡Dichoso!—repitió el abeto, y lanzó un profundo suspiro, recordando sus tiempos pasados y comparándolos con su suerte presente.—Luego les contó los sucesos de la Noche Buena, y cómo se vió adornado de dulces y de luces.

—¡Qué cosas tan lindas nos cuentas!—dijéronle los ratones; y en la noche siguiente volvieron con muchos de sus compañeros, para que éstos tambien las oyesen. El abeto se las refirió de nuevo; y todo aquel auditorio de ratoncillos quedaba encantado, y tomaba el mas vivo interés en las aventuras del abeto.

—Sí—pensaba éste,—aquellos eran tiempos felices; pero ¿quién sabe? lo mismo que Humpty-Dumpty cayó de las

escaleras y obtuvo la mano de una princesa, tal vez pueda yo tambien obtener una algun día. Hay en mi selva una tierna y galana planta de abedul. ¡Qué bella princesa seria para un abeto!

El abeto les repitió la conseja que contó el anciano en la noche-buena, y los ratoncillos no cabian en sí de contento al oirla. Asi es que á la noche siguiente llevaron á la tertulia á otros muchos de sus camaradas. En la noche inmediata juntóse con todos ellos una comitiva de ratas gordas y ancianas; pero no gustando estas de todas aquellas historias, en que no entraban el queso, el lardo y el magro del jamon, las pusieron en ridículo. Los ratoncillos se avergonzaron entonces de haberlas oído con tanto placer, y desde aquel punto ni ellos ni ellas volvieron á acompañar por la noche al abeto.

Este se moria otra vez de fastidio, viéndose tan solo, y echaba de menos la compañía de aquellos seres, que le habian manifestado tomar parte en sus quebrantos presentes y en sus pasadas delicias. Esperaba que algun día le sacasen de su calabozo y le volbiesen al aire libre y á su querida selva, cuyos encantos no habia sabido apreciar justamente.

Una mañana oyó que revolaban todas las maderas de que se hallaba cubierto. Dos criados las iban sacando de la guardilla. Llegó tambien su turno al abeto y le bajaron al patio de la casa. Aunque al dejarlo caer al suelo usaron los criados de muy pocas ceremonias, y recibió el abeto no pocas contusiones, alegróse sin duda de la mudanza que en él se verificaba; pues podia siquiera en aquel patio respirar el aire libre y ver de nuevo la cara del sol. Además, junto al patio estaba un hermoso jardín, y allí las flores derramaban su aroma, y las aves gorgaban sus trinos armoniosos. El abeto se encontraba por fin en el ambiente, que tanto habia deseado respirar. Y procuraba estender sus ramas, ya secas y amarillentas. Todavía tenia en su cima la estrella dorada que le coronó en la noche de Pascua; y ahora resplandecía con el reflejo de los rayos del sol.

Dos muchachos de los mismos que le festejaron en la noche-buena, jugaban por acaso en el patio, y acertaron á ver la estrella. Al verla no pudieron contenerse: asaltaron el árbol, y se la arrancaron.

—¡Todo, todo pasó ya!—esclamó el abeto.—Nada me queda de mis sueños de gloria! ¡Ay! ¡si á lo menos pudiese yo volver á la selva en donde ví la luz primera del sol!

Pero mientras esto pensaba llegó un mozo con un hacha y principió á cortarle todas las ramas, haciendo de ellas haces de leña; luego trozo á trozo fué despidiendo el tronco hasta no dejar nada entero en el infeliz abeto. Este á cada hachazo, lanzaba un quejido doloroso, y recordaba uno despues de otro los días de su primera dicha. Hecha ya la leña en haces, fué arrojada al fuego. Allí lloraba y despedía ayes el abeto, y los muchachos se complacian en contemplar los padecimientos de su agonía. Ni se cansaron de este espectáculo hasta que no le hubieron visto completamente reducido á cenizas.

Despues de esto volvieron al jardín y siguieron jugando, sin acordarse mas del abeto, que tanto placer les habia proporcionado. Uno de ellos llevaba colgada al pecho la famosa estrella, que tan resplandeciente brilló en la noche-buena. Noche, que ya pasó; como todo pasa y tiene un término en este mundo. Como lo tienen tambien todas las consejas; y por esto es justo que se lo pongamos á la que acabamos de referir.

SALAZON Y TEÑIDO DE MADERAS.

Nadie desconoce el desarrollo que de día en día experimentan las artes, ni tampoco los agigantados pasos que dan en su carrera guiados por los auxilios de la ciencia.

Déjase comprender que este desarrollo pide á la vez que se hace ostensible, mayor cantidad de primeras materias, ocasionando muchas veces escaseces y carestías en los productos materiales, que acabarian con ciertas manufacturas si la industria, apelando á muchos de los medios que pone en juego para facilitar recursos, no las abasteciera de ellos.

Esto llegaria á acontecer con las maderas preciosas que la ebanistería consume en la construcción y maqueado de los muebles de lujo, si hubiera de limitarse á emplear en ellos maderas naturales.

De esta necesidad, pues, ha nacido el planteamiento de talleres dedicados al teñido de maderas, que en el día consiguen imitar los bellos colores de las naturales, valiéndose para ello de procedimientos especiales.

Mas esta naciente industria no se limita exclusivamente á la imitación de maderas, sino que tambien se estiende á su conservacion, infiltrándoles de líquidos cargados de ciertas sales que se oponen á la accion destructora de los agentes atmosféricos.

El grabado que ofrecemos hoy á nuestros lectores, representa uno de estos establecimientos.

Por todo lo no firmado,
R. DE MENDOZA.

DIRECTOR Y EDITOR RESPONSABLE, D. JUAN JOSÉ MARTÍNEZ.

MADRID.—1860.

Imprenta y litografía de D. Juan José Martínez,
calle del Arco de Santa María, núm. 7.